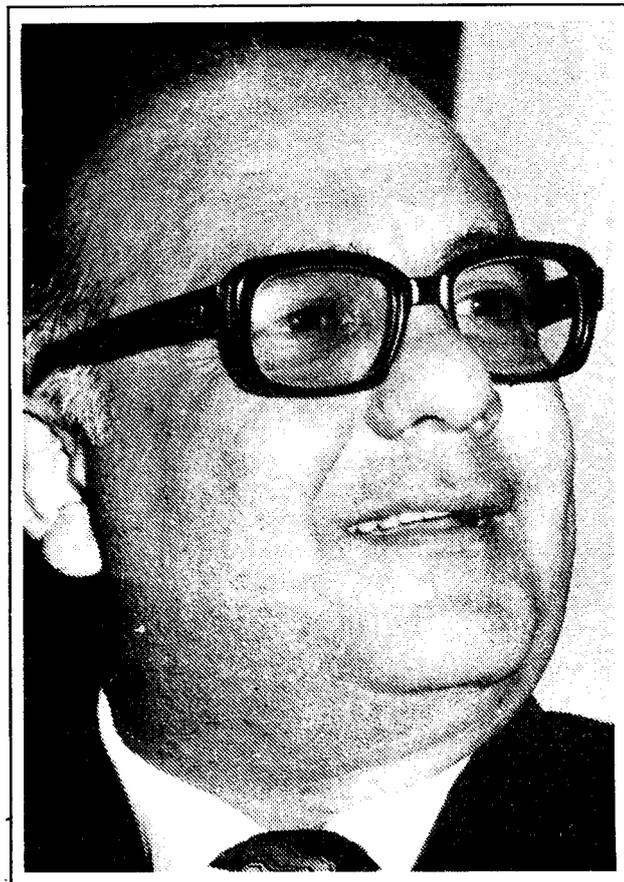


ALLENDE Y LOS EXILIADOS VENEZOLANOS

Jaime Lusinchi. Presidente de la República de Venezuela.



Ciudadanos; presidente y vicepresidente de la Comisión Delegada; ciudadanos senadores, ciudadanos diputados: Permítanme estar de pie, porque creo que bien lo merece el dramático tema que está sobre la mesa.

Yo, señor presidente, he estado desde ayer profundamente conmovido por la dramática situación chilena, que en el caso mío me compete, como viejo amigo de Chile, como feliz habitante de esa tierra extraordinaria por largos años durante mi exilio y como amigo personal del presidente Salvador Allende, de quien recibí siempre atenciones generosas; y también, porque mi partido considera que el derrocamiento del régimen constitucional de Chile comporta en estos momentos una real catástrofe no sólo para la democracia chilena, sino también para la democracia continental, y hasta diría, para la propia perspectiva del desarrollo democrático y progresista de la humanidad.

Hace pocos días, me tocó asistir a una conversación del candidato de Acción Democrática, Carlos Andrés Pérez, con el Presidente Ceaucescu de Rumania. Ellos hablaron

Intervención como diputado del Partido Acción Democrática, Cámara de Diputados, 12-IX-1973.

durante largo rato con extraordinaria preocupación acerca de la perspectiva chilena, y coincidieron precisamente en esto que estoy apuntando: el de que en Chile estaba en juego un concepto que atañía no sólo a aquella tierra, sino al mundo entero. Allí radica parte del fondo de nuestra preocupación.

Soy de los que creen que si bien en el sector de la Unidad Popular se produjeron errores tácticos graves, no es posible negar en este momento que para la democracia cristiana chilena el compromiso con lo que allá está sucediendo es absolutamente inevitable, y que su responsabilidad en esos sucesos es igualmente inevitable. Esto deber ser dicho, porque nosotros no podemos andar, en esta hora dramática de Chile y de América Latina, por las ramas. Tenemos que centrar la situación, para poder llegar a su comprensión, y así sacar conclusiones valederas que puedan servir al desenvolvimiento histórico de nuestro pueblo dentro de cauces de normalidad democrática y progresista.

Por eso digo que el golpe militar de Chile ha sido alentado no solamente por los distintos sectores de la derecha chilena, en alianza con los intereses del gran capital internacional, desplazado por las medidas de nacionalización to-

masas por el Gobierno del Presidente Salvador Allende; y también seguramente por parte de esos aparatos que dentro de las fuerzas armadas norteamericanas no han comprendido todavía la evolución del mundo y se sitúan aun fuera de esquemas que su propio gobierno maneja o aparece como manejando quizá por razones de orden táctico. Aquí hay, pues, una confabulación de sectores militares chilenos (desgraciadamente mayoritarios, en apariencia), de sectores de la derecha chilena (de la que se presenta como tal y de la que se presenta reencauchada) y sectores del capitalismo internacional.

Es condenable lo que allí ha sucedido. Creo que así como se dieron pasos en un sentido por parte de la oposición, del otro lado también se dieron pasos hasta estadios de los cuales no se podía retroceder. Y lamentablemente llegamos a esto, que podría ser el comienzo de una guerra civil, o quizás más seguramente el germen de una tremenda conmoción política y social en Chile a plazos más largos. Eso depende de cómo esté la capacidad de reacción de los sectores que apoyan al presidente sacrificado.

Ha desaparecido el doctor Allende. Las noticias que nos llegan no son precisas. Se dice que ha sido muerto en combate, que fue asesinado, y que se suicidó. Personalmente me inclino por esta última posibilidad, pensando en que no se habrían atrevido los militares chilenos, existiendo el precedente glorioso de Balmaceda, a hablar del suicidio del presidente Allende si éste hubiese sido muerto en combate. Es, simplemente, una presunción. Pero de cualquier manera, suicidio, muerte en combate o simple asesinato por un oficial alzado, como se ha dicho, lo cierto es que ha fallecido un hombre de gran talla, un hombre de estupenda condi-

ción humana, que creyó lealmente en sus ideas y las sirvió hasta el sacrificio.

Nosotros, los exiliados venezolanos que vivimos en Chile, recibimos de él personalmente innumerables atenciones. Fueron innumerables sus gestos de solidaridad política y humana.

Allende llegó incluso, recuerdo, a abrir las tumbas de sus padres para que allí enterrásemos a Valmore Rodríguez. No pudo consumarse eso, porque la urna que estaba acondicionada de modo especial para un traslado posterior a Venezuela no cupo en estrechos nichos antiguos. Pero allí quedó el gesto, y abierta estuvo la tumba de los padres de Allende, esperando el cadáver de un venezolano que había muerto por la libertad.

Por todo esto, señor Presidente, en esta hora tan dramática, quiero rendirle homenaje de amistad, de aprecio a Salvador Allende. De igual manera quiero condenar a nombre de Acción Democrática el golpe de Estado que ha conducido al derrocamiento de un gobierno electo por el pueblo, que venía desarrollando un programa que había presentado, y que si bien venía cometiendo errores graves, de ningún modo se justificaba el que se atentara contra la expresión del voto popular, emitido en forma legítima y ampliamente reconocida y se vulnerara de paso la tradición democrática del pueblo de Chile.

Ese golpe de Estado militar crea profundas interrogantes en América, y por eso digo que quienes lo ejecutaron y que quienes lo alentaron desde fuera y desde dentro, tienen frente a la historia una responsabilidad que no es menos real, ni menos profunda que el inquietante y profundo drama que han creado para Chile, para América y para el mundo.

“Nosotros, los exiliados venezolanos que vivimos en Chile, recibimos de él personalmente innumerables atenciones. Fueron innumerables sus gestos de solidaridad política y humana”